ILUSTRACIÓN,
CIENCIA Y TÉCNICA
EN EL SIGLO XVIII ESPAÑOL

Enrique Martínez Ruiz,
Magdalena de Pazzis Pi Corrales, eds.

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
ÍNDICE

A modo de proemio, Romà de la Calle ................................................................. 9

INTRODUCCIÓN: ILUSTRACIÓN, CIENCIA Y TÉCNICA, Enrique Martínez Ruiz, Magdalena de Pazzis Pi Corrales ................................................................. 13

LA CIENCIA EN LA ESPAÑA ILUSTRADA, José Luis Peset .................................. 23

LA ILUSTRACIÓN VALENCIANA EN ESPAÑA Y EN EUROPA, Antonio Mestre Sanchis .............................................................................................................. 41

CIENCIA Y TÉCNICA EN LA ILUSTRACIÓN, Teodoro de Leste .......................... 63

LA TÉCNICA EN LA ESPAÑA DEL SETECIENTOS, M.ª Isabel Vicente Marroto ................................................................. 85

LA CIENCIA Y LA TÉCNICA DE LA ILUSTRACIÓN EN EL MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES, Alfonso Navas ................................................. 111

EL MODELO ILUSTRADO DE EXPEDICIÓN CIENTÍFICA, Javier Puerto .......... 129

EL COLECCIONISMO CIENTÍFICO EN LAS INDIAS EN EL SIGLO XVIII, Paz Cabello Carro ........................................................................................................... 153

DIMENSIONES ECONÓMICAS DEL SETECIENTOS ESPAÑOL: LOS DISTINTOS MODELOS DE CRECIMIENTO, Ricardo Franch Benavent .......... 183

LAS MUJERES EN LA CULTURA DE LA ILUSTRACIÓN, Mónica Bolufer Peruga ...................................................................................................................... 209

LOS FONDOS DEL ARCHIVO GENERAL DE INDIAS Y LA CIENCIA Y LA TÉCNICA DEL SIGLO XVIII, Magdalena Canellas Añó ........................................ 233

LAS ACADEMIAS DE INGENIEROS Y ARTILLEROS EN EL SIGLO XVIII: FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA CIENCIA Y LA TÉCNICA EN EL IIHCM, Juan Luis García Hourcade ................................................................. 259
LOS FONDOS DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA Y LA ILUSTRACIÓN, Carmen Manso Porto
  .................................................................................................................. 279

LOS FONDOS DEL ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS Y LA CIENCIA
Y TÉCNICA DE LA ILUSTRACIÓN, José Luis Rodríguez de Diego
  .................................................................................................................. 303

IMÁGENES ACADÉMICAS: LA REAL DE BELLAS ARTES DE SAN CARLOS Y LA ILUSTRACIÓN VALENCIANA,
Salvador Aldana Fernández
  .................................................................................................................. 333

EL REAL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO DE MADRID Y LA ASTRONOMÍA DEL SIGLO XVIII,
Rafael Bachiller
  .................................................................................................................. 359

LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DE VALENCIA
Y SU CONTRIBUCIÓN A LA CIENCIA Y LA TÉCNICA EN EL SIGLO
XVIII, Nicolás Bas Martín
  .................................................................................................................. 381
LAS MUJERES EN LA CULTURA DE LA ILUSTRACIÓN*

Mónica Bolufer Peruga
Universitat de València

Los hombres instruidos y civiles no se atreven a oprimir tan a las claras a la otra mitad del género humano, porque no hallan insinuada semejante esclavitud en las leyes de la creación. Pero como el mandar es gustoso, han sabido arrogarse cierta superioridad de talento, o yo diría que de ilustración que, por faltárse a las mujeres, parecen éstas sus inferiores.¹

Demos este ejemplo de razón a las naciones de Europa. En toda ella fermenta la filosofía y ha llegado su tiempo. El mundo es nuevo (...). A fuerza de lastimosas experiencias conoce ya la Europa que no consiste la felicidad de las naciones ni el esplendor de los imperios ni en ganar batallas ni en destruir provincias, sino en cultivar su posesiones y artes haciendo útiles todos los ciudadanos. No miren, pues, como máquinas o como estatuas a las mujeres, hagámoslas compañeras del hombre en el trabajo, hagámoslas racionales, y sepan lo que son y lo que pueden.²

Estas vibrantes palabras corresponden a dos ilustrados, una mujer, Josefa Amar y Borbón, y un hombre, Ignacio López de Ayala, quienes en 1786 intervinieron en el debate de la Sociedad Económica Matritense a propósito de la conveniencia de admitir a mujeres en su seno, con sendas memorias en las que defendían enérgicamente su incorporación en pie de igualdad con los hombres. En sus argumentos se sintetizan muchas de las ideas propias de las Luces: la apelación a la razón como tribunal ante el

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación «Mujeres y modernización. Estrategias intelectuales y prácticas sociales (siglos XIX-XX)», financiado por la CICYT y el Instituto de la Mujer (I+D+I 171/04).
² J. Amar y Borbón, «Discurso en defensa del talento de las mujeres, y de su aptitud para el gobierno y otros cargos en que se emplean los hombres», Memorial literario, agosto de 1786, pp. 399-430.
cual resolver cuestiones controvertidas, la noción optimista de progreso, el desdén hacia los antiguos «prejuicios» propio de quienes se consideraban una minoría esclarecida, desesa de conducir a la sociedad por caminos de reforma y renovación. Sin embargo, en esas mismas fechas, otro ilustrado, Francisco de Cabarrús, se opuso firmemente a la admisión, esgrimiendo no tanto los valores tradicionales del recato, como un proyecto de sociedad nueva y regenerada en la que hombres y mujeres realizarían su condición de ciudadanos y contribuirían al bien común de formas opuestas y complementarias: unos, a través de sus responsabilidades públicas, y las otras ocupándose de la moralidad y bienestar privados, condición necesaria de la felicidad colectiva. Años después, en Francia, los revolucionarios utilizarían similares razonamientos, inspirados, como los de Cabarrús, en Rousseau, para excluir a las mujeres de la nueva ciudadanía.

El debate de la Sociedad Económica es un ejemplo de cómo la posición de las mujeres en la cultura y la sociedad de la Ilustración fue complicada y muchas veces paradójica. Precisamente, la perspectiva que se interroga sobre la construcción cultural e histórica de la diferencia entre los sexos constituye desde hace décadas un enfoque renovador que ha contribuido poderosamente a la actualización historiográfica de los estudios sobre el siglo XVIII. Numerosas investigaciones vienen ocupándose del papel que las mujeres ejercieron como objeto de representación y de discusión en el pensamiento ilustrado y como sujetos activos en los debates intelectuales y las formas de cultura y sociabilidad propias de las Luces. Y ello ha permitido enriquecer nuestras perspectivas acerca del significado de la Ilustración, entendida como un conjunto de ideas, principios y valores y también de prácticas culturales en las que éstos se encarnan y se expresan.3

En efecto, la «naturaleza» y función social de los sexos fue en el siglo XVIII, en toda Europa, un motivo recurrente de reflexión y debate. El tema se enunciaba comúnmente en la época como la «cuestión de las mujeres» y se formulaba a través de descripciones y prescripciones sobre cómo eran éstas y cómo debían ser y actuar. Sin embargo, interrogar en estos términos sobre lo femenino implicaba, a su vez, definir, con frecuencia en forma de contraste y oposición, en qué consistía lo masculino y, más ampliamente, reflexionar sobre la forma en que había de organizarse la sociedad entera. Por ello, la cuestión no queda confinada a los ensayos específicos sobre el «carácter», las «costumbres» y la «educación» de las mujeres, tan propios de la época, sino que está presente, de uno u otro modo, en todos los ámbitos, desde la filosofía a la literatura médica, moral, política y económica, prensa y obras de creación. Y atraviesa las grandes preocupaciones del siglo: la reflexión sobre la naturaleza humana y la relación entre cuerpo y mente, la educación, la moral y las costumbres, el examen crítico de las instituciones, el sentido e implicaciones del progreso de la civilización, las tensiones entre naturaleza y cultura, razón y sentimiento, individuo y sociedad.

Los ilustrados tendieron a evitar el lenguaje de la inferioridad y la jerarquía propio de la misoginia tradicional y a referirse a la feminidad de forma positiva y elogiosa,

como diferente y «complementaria» de la masculinidad, ensalzando su valor moral y utilidad para la sociedad en su conjunto. En unos casos, se ponía el énfasis en la noción de «naturaleza» como norma a partir de la cual justificar las pautas de vida en sociedad, atribuyendo a los sexos cualidades físicas, morales e intelectuales distintas que venían a corresponder, providencialmente, con las funciones y espacios diferentes que se les asignaba en la sociedad. En este ámbito, como en otros, hubo una mutua influencia entre el discurso filosófico o literario y el científico, en particular médico, que contribuyó poderosamente a construir la ilusión de unas identidades masculina y femenina naturales y a difundirlas entre un público amplio a través de obras de divulgación. 4 En otros casos, por ejemplo en mucha de la literatura sobre educación, costumbres y fomento de la economía y la población, en lugar de apelar a una naturaleza que algunos consideraban dudosa o poco transparente, se subrayaba más bien, desde un enfoque utilitario, la conveniencia social de que hombres y mujeres se ajustaran a los papeles y espacios que se les asignaban: a los primeros, la acción, la reflexión abstracta, la actividad exterior, y a éstas la vida de interior, el mundo de los afectos y la familia. Un pensamiento de la «complementariedad» que tuvo en Rousseau (de El contrato social al Émile o La Nouvelle Héloïse) uno de sus intérpretes más destacados, pero del que discreparon ilustrados de ambos sexos, desde Mary Wollstonecraft a Josefa Amar, Mme d’Épinay o Theodor von Hippel, que entendían la razón, en todas sus dimensiones, como un atributo esencial de la especie y concebían de forma menos segregada los espacios de cultura y sociabilidad.

Y es que al mismo tiempo, también por toda Europa, las mujeres aparecen muy presentes en los ámbitos y en las prácticas culturales a través de las cuales se dota de identidad la minoría ilustrada y se gestan, discuten y difunden los nuevos valores: como anfitrionas y participantes en tertulias y salones, sociedades de lectura o demostraciones científicas, en calidad de mecenas y protectoras de artistas y literatos, a modo de lectoras y suscriptoras, como autoras de una profusa correspondencia que teje los hilos que unen entre sí a los miembros de la «república de las letras», pero también como escritoras, traductoras e intelectuales. La literatura y la iconografía de la época, poblada de mujeres que leen y escriben en la intimidad del gabinete, o que conversan y discuten en espacios sociales mixtos, son testimonio de ello.

El interés por ese protagonismo social y cultural de las mujeres en el mundo de la Ilustración se remonta a los eruditos decimonónicos, con algunos ejemplos significativos como el de los hermanos Goncourt, cuya obra La femme au dix-huitième siècle (1898) recuperaba, en buena medida mitificándola, una época pasada de la historia francesa, simbolizada en el brillo de los salones, espacios mixtos de intercambio social e intelectual, y en las grandes damas que los presidían y animaban. 5 Todo ello desde una perspectiva nostálgica, la de un siglo burgués, el XIX, que había visto desaparecer esos modelos sociales e imponerse pautas de relación entre los sexos más compartimenta-

4. Y. Knibiehler y C. Fouquet, La femme et les médecins, París, 1983; L. Jordanova, Sexual Visions. Images of Gender in Science and Medicine, Londres, 1989; T. Laqueur, La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud, Madrid, 1994; M. Bolufer, Mujeres e Ilustración..., cap. 5.

das, con estrictas normas de domesticidad para las mujeres. No fue, sin embargo, hasta los años setenta del siglo XX cuando estudios pioneros como los de Paul Hoffmann e Ivonne Knibiehler, seguidos de muchos otros, revelaron hasta qué punto la definición y construcción normativa de la feminidad fue una obsesión del pensamiento ilustrado, tanto en los más célebres philosophers como en el conjunto de la literatura pedagógica, médica o de creación.6 Asimismo, trabajos sobre figuras femeninas como las de Mme d’Épinay o Mme du Châtelet comenzaban a desvelar las relaciones de afinidad pero también de conflicto de las mujeres, expresadas en sus escritos y en sus estrategias de vida y relación, con el pensamiento de su tiempo y con las pautas morales y sociales que circundaban su existencia.7

En el mundo anglosajón, los estudios se orientaron preferentemente a mostrar cómo en el siglo XVIII se forjó una ideología de la domesticidad que, ligada inicialmente a la identidad cultural de la clase media y a sus aspiraciones de hegemonía, acabaría extendiéndose al conjunto de la sociedad, y que se basaba en un ideal de estricta separación de las esferas pública y privada, masculina y femenina.8 Por otro lado, la historiografía feminista redescubría a autoras emblemáticas como Mary Wollstonecraft, cuya apasionante obra y breve vida revelan las relaciones conflictivas que una ilustrada de convicciones radicales y democráticas sostuvo con ese modelo doméstico y sentimental y su lúcida crítica de las paradojas y contradicciones que implicaba para las mujeres.9 Más tarde los intereses irían ampliándose para incluir todo el panorama de la participación de las mujeres en el mundo de las letras, que fue particularmente intensa en la Inglaterra del siglo XVIII, en el contexto de un mercado del libro mucho más amplio y dinámico que en cualquier otro país de la época.10 En otros países, como Italia, aunque con algunos precedentes, ha habido que esperar a finales de los años noventa y principios de la década siguiente para conocer mejor el papel desempeñado por las mujeres, como escritoras, periodistas, lectoras o mecenas, en el desarrollo de las ideas y las prácticas ilustradas.11


En España, fueron pioneras en este tipo de estudios sobre el siglo XVIII autoras de los años treinta como Margarita Nelken o M.ª Pilar Oñate, interesadas por subrayar las aportaciones de las Luces a la modernización social y cultural de España, también en lo relativo a la situación de las mujeres. Tras el largo paréntesis intelectual y político de la dictadura, en los primeros setenta el libro de Carmen Martín Gaite sobre los «usos amorosos» del XVIII hizo uso por primera vez de forma sistemática de las fuentes literarias para reconstruir los cambios en los estilos de vida, aunque interpretándolas de una forma en exceso literal, que redundaba en la «frivolidad» censurada en las críticas de la época. Por los mismos años, Paul Guinard describió la recurrencia de la discusión sobre la feminidad en la prensa del Setecientos, mientras que Paula Demerson sacaba a la luz el papel relevante desempeñado por grandes aristócratas como la condesa de Montijo en la renovación intelectual, las iniciativas reformistas y los cambios en las costumbres, y Oliva Blanco comenzaba a situar el debate de la Ilustración española sobre la razón de las mujeres en su contexto europeo.

La eclosión de las investigaciones se produjo, sin embargo, a partir de los años ochenta, al compás de la institucionalización de los estudios feministas en las universidades españolas, y se produjeron algunos primeros intentos de síntesis. Y ello al tiempo que, de forma paralela, el mundo del dieciocho francés, británico y norteamericano se interesaba por el pensamiento y la escritura de las ilustradas españolas. En los últimos años el número creciente de publicaciones especializadas, la incorporación del tema en congresos y obras generales sobre las Luces, la aparición de la monumental Historia de las mujeres en España y América Latina o la preparación de una obra colectiva sobre las mujeres en la Ilustración en...

a ambos lados del Atlántico indican la definitiva consolidación de estos estudios como una aportación fundamental a la comprensión de nuestro siglo XVIII.17

También a nivel internacional, el momento actual de las investigaciones sobre mujeres y cultura ilustrada resulta particularmente interesante. Y ello por dos rasgos fundamentales. De una parte, por el impulso dado a los enfoques de carácter comparativo, que profundizan en los puntos de conexión y las diferencias entre procesos intelectuales y sociales que, remitiendo a unas inquietudes comunes, siguieron unas pautas propias.18

Ejemplo de ello es el proyecto internacional que, desarrollado entre 1998 y 2001, ha resultado en una magna obra titulada Women, Gender and Enlightenment (2005), con marcado acento anglosajón (y secundariamente, francés), pero con voluntad de apertura hacia otros ámbitos, como los de la Europa meridional.19 Por otra parte, cabe señalar la paulatina incorporación de esta perspectiva como un enfoque fundamental en las visiones globales de las Luces, omitida en el —por otra parte muy valioso— Diccionario histórico de la Ilustración (1998) de Vincenzo Ferrone y Daniel Roche, pero destacada en otras grandes obras de referencia, como la Encyclopedia of the Enlightenment (2002) o The Enlightenment World (2003), así como en numerosos trabajos de síntesis, especialmente en el ámbito anglosajón.20

Es en esa perspectiva internacional en la que cabe inscribir las relaciones complejas que en España, como en otros países europeos, sostuvieron las mujeres del siglo XVIII con las ideas, valores y prácticas de su tiempo. Y es que en este aspecto, como en otras facetas de la cultura de las Luces, las conexiones internacionales son bien palpables. Las ideas acerca de la diferencia de los sexos y, en particular, sobre la naturaleza, educación y moral de las mujeres circulan traspasando fronteras y se leen aquí y allá, traduciéndose y adaptándose a las costumbres del país e incluso modificando profundamente su significado. Así sucedió con la «Defensa de las mujeres» del Padre Feijoo, publicada en 1726 en el primer volumen de su Teatro crítico.21 En ese ensayo, el benedictino defendía la


igualdad moral e intelectual de los sexos, en sintonía con los planteamientos del llamado «feminismo racionalista» europeo de finales del siglo XVII (el de autores como François Poulain de la Barre o Mary Astell), y atribuía a la educación, no a una falta de capacidad, el menor desarrollo del talento de las mujeres. El texto alcanzó gran resonancia tanto en España como en otros países, traduciéndose a varias lenguas.  

Ejemplo de esas conexiones internacionales es también el *Essai sur les moeurs, l'esprit et le caractère des femmes dans les différents siècles*, publicado en 1772 por Antoine-Léonard Thomas, en el que, de forma ambigua, se valoraba el papel de las mujeres a través de los tiempos como beneficiarias e impulsores del progreso de las sociedades, pero se concluía ensalzando su función, basada en cualidades «propias» y «naturales» como guardianas de la moralidad y las costumbres. La obra suscitó en Francia reacciones críticas por parte de ilustrados como Mme d’Épinay y Diderot, se tradujo en Inglaterra, ampliada con un complemento específico y tendría también dos ediciones norteamericanas, muy modificadas, a finales de siglo. En España había sido traducida ya en 1773 con bastante éxito, posteriormente adaptada por una escritora, Mercedes Gómez (quien, tras añadirle una dimensión piadosa ausente en el texto original, trató sin éxito de publicarla) y plagiada también en un manuscrito de 1805, dedicado a una dama por el religioso José Pueyo de San José. El ejemplo resulta particularmente llamativo por las numerosas y dispares versiones a que dio lugar, que ilustran la circulación de las ideas y las formas diversas de recepción en los distintos contextos sociales y culturales. Sin embargo, muchas otras obras fueron traducidas, adaptadas o imitadas: textos pedagógicos y morales, como los de Mmes d’Épinay, Le Prince de Beaumont, Genlis; obras médicas inglesas y francesas (las de Ballester, Bucha, Tissot) dirigidas a las madres sobre atención a la infancia; novelas, como las de Richardson, Fielding; comedias lacrimosas y sentimentales, como las de Nivelle de la Chaussée, e incluso periódicos, al estilo del *Hablador juicioso* o el *Spectator*, textos todos en los que se formulan modelos de feminidad y masculinidad que influyeron notablemente en el pensamiento y las formas de vida de la sociedad española.

A través de las traducciones, de la lectura de obras originales o de los viajes, el conocimiento, siempre limitado, de lo que ocurría más allá de las propias fronteras permitió...

---


que, en este tema como en otros, los ejemplos europeos fuesen esgrimidos en el transcurso de las discusiones. Así, por una parte, la condición de las mujeres y las relaciones sociales y amorosas entre los sexos, constituyeron, a los ojos de los observadores y viajeros extranjeros, un criterio básico a la hora de valorar la posición de los distintos países en una escala imaginaria de la civilización, de acuerdo con las teorías ampliamente difundidas en la Europa ilustrada, que tienen su principal exponente en la obra de los filósofos e historiadores escoceses, como Millar, Kames, Ferguson o Smith, y también en los franceses como Turgot o Condorcet. Así, en palabras de Alexander Jardine, autor de uno de los más interesantes relatos de viajes por la España del siglo XVIII: «Podrá medirse el grado de civilización de casi todos los países por el respeto que se les muestra y el puesto que se le asigna a la parte femenina de la sociedad». Por otra parte y en relación con ello, el debate sobre la diferencia de los sexos se plantea en los distintos lugares, y de forma particular en España, estrechamente vinculado al debate internacional, en la medida en que, en el contexto de las polémicas sobre la imagen de España en Europa, iba generalizándose la idea de que nuestro país debía dar al exterior, también en este aspecto, muestras de progreso y apertura de miras.

En efecto, la referencia, un tanto idealizada, a la Europa contemporánea está presente, en este tema como en otros, como un horizonte y un recordatorio de las carencias y atrasos del propio país. Así, por ejemplo, Feijoo admiraba la amplia presencia de mujeres en la vida intelectual francesa: «Las Francesas sabias son muchísimas: porque tienen más oportunidad en Francia, y creo que también más libertad, para estudiar las mujeres». Y otros viajeros al país vecino, como el duque de Almodóvar, comentaron el éxito y reputación de que gozaban allí muchas escritoras. Al mismo tiempo, el elogio de las mujeres de letras del pasado y el presente se convirtió en un recurso habitual de la literatura apologistica ocupada en rebatir las críticas sobre la aportación española a la cultura europea, en obras como el Ensayo histórico-apologetico sobre la literatura española del jesuita Lampillas, traducido por Josef Amar. El propio Carlos III propició en 1785 la investidura solemne de Mª Isidra Guzmán como doctora y catedrática honoraria de la Universidad de Alcalá, apareciendo así ante la opinión pública española y europea como un monarca esclarecido y preocupado por la educación de las mujeres, en un gesto propagandístico elogiado por los editores del Memorial literario, para quienes «no hay nación culta que no pueda presentar un crecido número de mujeres estudiosas o aplicadas». En un sentido más crítico, como hemos visto,

29. F. Jiménez de Góngora y Luján, duque de Almodóvar (bajo el pseudónimo de Francisco María de Silva), Década epistolar sobre el estado de las letras en Francia. Madrid, 1781, carta X.
30. F. J. Lampillas, Ensayo histórico-apologetico de la literatura española... Traducido del italiano al español por Doña Josefa Amar y Borbón, Madrid, 1877, 2º ed.
López de Ayala argumentó que la admisión de mujeres en las Sociedades Económicas era una oportunidad para que España diese una prueba de su condición de país ilustrado.

El sentido de la comparación con Europa que emerge de estos ejemplos es distinto según los casos: profundamente crítico de la realidad nacional en algunos, autocomplaciente y apologético en otros. Sin embargo, en todos ellos subyace la idea de que un cierto grado de instrucción y de participación de las mujeres en la vida social e intelectual debían caracterizar a un país civilizado, y de que también a este respecto España había de demostrar que merecía formar parte de las naciones esclarecidas.

**LOS ESPACIOS DE SOCIABILIDAD ILUSTRADA: DE LOS SALONES A LAS SOCIEDADES**

Uno de los rasgos que, a los ojos de muchos contemporáneos, en particular franceses, distinguían a una sociedad ilustrada era la existencia de espacios y prácticas de relación social mixta entre los sexos, que tuvieron en los salones franceses su más célebre y brillante ejemplo. El salón o reunión regular de nobles y gentes de letras en casa de una dama había nacido en Francia en la primera mitad del siglo XVII como reacción frente a la rudeza de las costumbres cortesanas y a la pérdida del tradicional papel guerrero de la nobleza. A lo largo de los siglos XVII y XVIII los salones fueron transmitiendo y transformando la tradición de la conversación mundana, desde las reuniones en casa de Mme de Lambert, entre 1710 y 1733, a las de Mme du Deffand, Mme Tencin, Mme Helvétius o Julie de Lespinasse y, sobre todo, el célebre salón de Mme de Geoffrin, al que concurrian artistas y *philosophes* (Diderot, Holbach, Montesquieu, Saint-Pierre, Marmontel), y cuyo esplendor entre 1750 y 1776 marca el auge y el cenit de esta forma de sociabilidad cultural. En relación con sus predecesores del siglo anterior, los salones ilustrados tuvieron como principales anfitrionas ya no a aristócratas, sino a damas burguesas, y se caracterizan por la mezcla social aún más acusada entre nobleza, burguesía de negocios y cargos, artistas y literatos, el creciente protagonismo de los hombres de letras, la mayor presencia en las conversaciones de las inquietudes intelectuales y filosóficas y una mayor apertura al mundo de la publicación para un público amplio. Aunque el salón en su máxima expresión fue un rasgo característico de la sociedad francesa, y más propiamente parisina, no fue exclusivo de aquel país, sino que sus manifestaciones pueden encontrarse por toda Europa: en Gran Bretaña, las reuniones de las llamadas *bluestockings*, entre las que destacaba la tertulia de Elizabeth Montagu desde 1750; en Viena, los salones de Charlotte Greiner y Fanny von Arnstein a partir de 1770, y en el Berlín de finales de siglo los de Henriette Herz o Rahel Levin.

También en España, las tertulias celebradas en residencias privadas, con cierta frecuencia bajo la dirección de una dama, aun sin alcanzar la brillantez e influencia de los salones parísíos, tuvieron un papel importante en las prácticas sociales del siglo y contribuyeron a difundir los nuevos valores y estilos de vida ilustrados. Tras la «Academia del Buen Gusto», heredera de las reuniones literarias del Barroco y presidida entre 1749 y 1751 por la marquesa de Sarriá, Josefa de Zúñiga y Castro, destacaron a finales del XVIII los salones de la condesa de Benavente y duquesa de Osuna, María Josefa Alonso Pimentel Téllez-Girón (1752-1834), mujer cultivada y buena conocedora de las corrientes intelectuales y científicas del momento, la condesa de Montijo, María Francisca de Sales Portocarrero (1754-1808), de signo neojansenista, al que acudían eclesiásticos reformadores como los obispos Palafox y Tavira junto con literatos y políticos como Jovellanos, Cabarrús, Meléndez Valdés o López de Ayala; la duquesa de Alba, Mª Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo (1762-1802) o la marquesa de Fuerte Híjar, María Lorenza de los Ríos (1768-1817), frecuentado este último por personas del mundo del teatro.34

Eran éstas reuniones de gentes de letras, ciencias, artes y gobierno, donde se entablaban relaciones, se conversaba, se leía y se debatía, y donde literatos, artistas y políticos podían hallar protecciones y apoyos para sus carreras. Cumplían de ese modo una función entre social, intelectual y política, como puede advertirse en el caso de la condesa de Gálvez, acomodada viuda criolla establecida en Madrid desde 1787, cuya tertulia acogía a escritores y hombres de gobierno, entre ellos Aranda, Cabarrús y su esposa, Jovellanos, Moratín, Sabatini o Ignacio Clemente, viuda del ministro de Hacienda Miguel Múquiz, conde de Gausa.35 Sus reuniones, en las que, según los informes de la


época, «era grande el concurso de extranjeros y aun de nacionales», se hablaba en francés y se recibían publicaciones del país vecino, cayeron bajo sospecha en el enarrecido clima posterior a la revolución francesa, y en 1790 se decretó el destierro de la condesa, quien se defendería de las acusaciones de difundir las ideas revolucionarias tratando de presentar sus tertulias como encuentros sociales carentes de contenido político.

También en otras ciudades, la sociabilidad mixta fue práctica común entre las élites y clases medias urbanas. Por ejemplo, Gracia Olavide, mujer culta y de brillante conversación, fue el alma de la tertulia de su hermanastro, Pablo de Olavide, asistente de Sevilla y director de las Nuevas Poblaciones, en sus distintas residencias de Madrid, Sevilla o La Carolina, e Inés Joyes recibía en su casa de Vélez-Málaga a distinguidos visitantes. Viajeros como Giovanni Baretti (en 1770), Richard Twiss (1773), Joseph Townsend (1783) o William Beckford (1787) se muestran sorprendidos por la activa vida social que llevaban, de forma relativamente independiente de sus maridos, tanto las grandes damas de la aristocracia cortesana, al estilo de las duquesas de Berwick, Alba y Osuna o la condesa del Carpio, como mujeres de la nobleza y la burguesía local, al modo de las marquesas de Villaseca en Córdoba y de Casablanca en Granada o de Teresa Piña en Murcia.

En estas prácticas de sociabilidad se encarnan nuevos valores y costumbres: la importancia concedida a las relaciones sociales, el hedonismo que valora el placer de la compañía y el refinamiento de los escenarios, la elegancia en el vestir y las maneras, pero también la identificación con ideales y proyectos reformistas. Formas de vida vinculadas a la modernización de la sociedad española en el siglo XVIII que, en la opinión, aprobadora o crítica, de sus contemporáneos iban estrechamente vinculadas con una mayor presencia de las mujeres en los espacios sociales y con relaciones menos estrictamente separadas entre los sexos. Carmen Martín Gaite resumió esa transformación de las costumbres en la figura del «cortejo» o «chichisveo», una forma de relación galante entre una dama casada y un caballero, su acompañante asiduo en bailes, teatros, tertulias o paseos, difundida en España, probablemente por influencia italiana y francesa, desde las primeras décadas del XVIII. Se trata de un hábito que los textos de la época (relatos de viajeros, sainetes, versos satíricos u obras morales) exageran, sea para deplorar las nuevas costumbres, representadas en los estereotipos satíricos de la «petimetría» y el «petimetre», vanidosos y frívulos, y de la «bachillería» o pedante, o bien para saludar la modernización de la sociedad española, haciendo visibles así las tensiones generadas por el nuevo papel de las mujeres en los espacios de cultura y sociabilidad.

La naturaleza y alcance de la influencia que las mujeres ejercieron en estos espacios y, por extensión, en el mundo social e intelectual de la Ilustración ha suscitado un intenso debate historiográfico. Atendiendo no sólo al contenido, más o menos ilustrado o filosófico, de las conversaciones y lecturas que tenían lugar en ellos, sino a su significado.

como prácticas culturales, Dena Goodman ha afirmado en un influyente estudio que los salones franceses constituían y eran considerados en su época ámbitos de trabajo intelectual, distanciándose así de las visiones que tendían a considerarlos lugares frívolos de relación mundana, y que situaban la «verdadera» ilustración en otros ámbitos, los de las lógicas masónicas, sociedades agrarias o literarias, clubes y cafés exclusivamente masculinos.\(^{38}\) El «gobierno de las damas», aceptado por todos y cuyo ejercicio y reconocimiento estaban basados en las cualidades que se atribuían a su sexo, habría ejercido así, a su juicio, un papel decisivo en el proceso de las Luces, al asegurar la libertad de discusión y el intercambio igualitario que constituían la esencia de la república de las letras.

En cualquier caso, tanto los elogios de la época a la autoridad y saber mundano de las damas, que llegan a proclamarlas, paradójicamente, «soberanas» de la «república de las letras», como, en un sentido opuesto, las críticas a lo que algunos, al modo de Rousseau, estimaban un «imperio» indebido e ilegítimo no deben inducir a afirmar sin matiz ni tensiones el «poder» de las mujeres en el mundo de la sociabilidad y la cultura dieciochescas.\(^{39}\) Las tertulias españolas, como los salones franceses, fueron en su mayor parte obra y creación de mujeres aristocráticas con interés por la cultura y voluntad de intervenir en los espacios en los que se admitía su papel y se les reconocía una cierta autoridad. Sin embargo, las mujeres presentes en esas reuniones eran muy pocas, a menudo sólo la dueña de la casa, que se encargaba de reunir un grupo selecto de invitados y de mantener un clima agradable y distendido, y cuyo mérito residiría menos en mostrar sus propios conocimientos o capacidad intelectual que en hacer brillar hábilmente los de los personajes que se reunían bajo su techo. Si se admitía la participación de las mujeres en las formas de sociabilidad cultivada, era, precisamente, esperando que se comportasen como anfitrionas amables y discretas, que desplegasen elegancia y buenas maneras en el arte de la conversación, sin poner nunca en evidencia a sus contertulios, como les recomienda insistentemente la literatura pedagógica y moral que se ocupa de regular su comportamiento en sociedad.\(^{40}\)

En cualquier caso, la presencia pública de las mujeres en las instituciones de sociabilidad estaba restringida a estos círculos informales, quedando fuera de cuestión su participación en las Sociedades y Academias oficiales, en las que podía acaso producirse alguna admisión individual, contemplada como una excepción y justificada apelando tanto al mérito como al rango, como sucediera con la Academia de Bellas Artes de San  

---


40. A. Ossorio de la Cadena (pseudónimo de Juan de la Paz), La virtud en el estrado, visitas juiciosas, Madrid, 1739; [F. Boudier de Vilmomert], El amigo de las mugeres, Madrid, 1763 (traducción de F. M. Nifo). M. Cerecedo Ardíd y Cano, El Para Todos, en el cual se enseñan lauds leyes del honor, de la hombría de bien, de la política y cristianidad a hombres y mugeres de todas clases, estados y edades, para el buen uso de la razón. Discurso IV. Obligaciones de una muger como cristiana, Madrid, 1767.
Fernando. 41 Esos límites se aprecian de forma particular en el debate sobre la incorporación de mujeres a la Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid, desarrollado entre 1775 y 1787. Las posturas que en él se expresaron y su resolución final ilustran la tensión entre diversas formas de entender la presencia de las mujeres en los nuevos ámbitos públicos de la sociabilidad intelectual y política del siglo XVIII. 42 La visión de corte rousseauiano, representada por Cabarrús, asignaba a las mujeres el deber de formar a los futuros ciudadanos ilustrados y procurar la paz y bienestar privados, condición del orden y felicidad pública, rechazando su presencia en el terreno, exclusivamente masculino, de la política. Otros socios, aunque admitiendo para ellas un cierto papel, más allá de lo doméstico, en los cometidos sociales del reformismo, se resistían a concederles una presencia pareja en los espacios públicos y optaban, con matices diversos, por fórmulas particulares de colaboración; es el caso, por ejemplo, de Jovellanos, quien, si bien celebraba el papel civilizador de las mujeres y estima inaceptable cerrarles las puertas de la Sociedad, espera que el recato las disuada de mezclarse con los socios, manteniéndolas ocupadas en los quehaceres «propios de su sexo». Frente a estas reservas, Ignacio López de Ayala y, sobre todo, Josefa Amar defendieron su entrada en los mismos términos que los hombres, en nombre de la razón y del progreso, como consecuencia indeclinable de la igualdad intelectual y moral entre los sexos.

La solución, como es sabido, sería una admisión mermada, con la fórmula de crear una Junta de Damas separada y subordinada a la Sociedad Económica, compuesta por aristócratas, a la que se asignaron tareas relacionadas con la educación, la beneficencia y la reforma del lujo. Las integrantes de esa Junta, presidida en sus primeros años por la duquesa de Osuna, contando con la condesa de Montijo como secretaria, ejercieron con determinación sus nuevas responsabilidades, instrumentalizando los resquicios posibles de un sistema que reservaba a los hombres la acción propiamente política. Con todo, la resolución del debate debió desagradar a quienes, como Josefa Amar, López de Ayala y otros, creían de justicia la plena integración, y en este sentido ilustra los límites, viejos o renovados, que seguían pesando sobre la actividad social de las mujeres.

LA AMBICIÓN DE SABER Y EL USO DE LA PALABRA ESCRITA

Junto con la participación en espacios de sociabilidad, la presencia creciente de las mujeres en el ámbito de la cultura escrita y los problemas de su relación con el saber configuran otro aspecto esencial de su posición en el mundo de la Ilustración. Si en la época moderna, a partir de la trascendental mutación que introduce la imprenta, la relación

42. Analizan este debate y la actividad posterior de la Junta, entre otras obras, Demerson, María Francisca de Sales..., Bolufer, Mujeres e Ilustración..., cap. 8, y «Femmes et hommes dans la société idéal. Les Sociétés Économiques des Amis du Pays dans l’Espagne des Lumières», en G. Brey (ed.), Conceptions de l’être humain pour une cité idéale, de la Renaissance à nos jours. Besançon (en prensa); Kitts, The Debate...
de las mujeres con la lectura y aun la escritura experimenta un cambio fundamental, es desde el siglo XVIII, con los avances (limitados) de la educación y la alfabetización, y con la circulación más amplia del impreso, cuando se consolida su papel como consumidoras y productoras de cultura escrita. Lectoras y escritoras, sin dejar de ser figuras minoritarias, alcanzarán una relevancia y una proyección hasta entonces desconocida: a la vez que las primeras emergen como un sector del público crecientemente solicitado por autores y editores, las segundas comienzan a desbordar, en alguna medida, la consideración de personajes «excepcionales», logrando una mayor visibilidad. Los numerosos testimonios que, con particular intensidad a partir del siglo XVIII, se refieren a la lectura como práctica habitual entre las mujeres y la representación más frecuente de las lectoras en la literatura expresan la percepción de un cambio paulatino, por el cual la familiaridad femenina con lo escrito se iba acrecentando.43 Algunas damas ilustradas, en efecto, reunieron importantes bibliotecas, como la duquesa de Osuna, que solicitaba novedades literarias de París e Italia e intercambiaba libros y opiniones con literatos como Moratín, la marquesa de Guadalcazar y Mejorada, a quien se requisaron en 1787 en la aduna 129 libros, o la duquesa de Liria, que reunió un total de 327 títulos y 1217 volúmenes en latín, francés e inglés, incluyendo obras prohibidas.44 M.a Antonia del Río y Arnedo, traductora de Mme Le Prince de Beaumont y de Saint Lambert y madre del bibliófilo Luis Usoz y del Río, formó una biblioteca bien nutrida, en particular de obras didácticas y novelas, y Josefa Amar cita en sus escritos numerosas obras eruditas, pedagógicas y morales, textos de gramática castellana, griega y latina y textos médicos que pudo poseer o bien leer en su biblioteca familiar o en la Biblioteca Real y la de San Ildefonso en Zaragoza. Mujeres fueron, además, un elevado porcentaje de las suscriptoras a novelas sentimentales y didácticas como La nueva Clarisa de Mme Le Prince de Beaumont (27’8%), Adela y Teodoro de Mme. de Genlis (16’6%) o la Historia de Amelia Booth de Fielding (18’4%).45 Seguían también la prensa periódica, de la que parecen haber sido lectoras más asiduas de lo que da a entender el modesto porcentaje de suscriptoras registradas entre 1781 y 1808 (un 2’5% como media entre las distintas publicaciones).46

Ese público potencial suscitó el interés de autores e impresores, dando como resultado una abundante literatura dirigida a las mujeres que, como todo producto comercial, a la vez que responde a una demanda contribuye a crearla y a orientarla en un sentido determinado,
fundamentalmente moral y utilitario: obras didácticas y de economía doméstica, tratados de divulgación médica, relatos sentimentales e instructivos o periódicos que solicitan su atención y se brindan a ofrecerles instrucción y entretenimiento. Sin embargo, por mucho que educadores y periodistas se esforzasan por encauzar y adoctrinar a las lecturas, las prácticas de éstas desbordaron en ocasiones esos límites. Leer fue para ellas, como también para los hombres, una experiencia con significados diversos: leer por devoción, por placer y entretenimiento, por identificación con ciertos valores morales o ideológicos, por distinción, para sentirse y mostrarse como integrantes de un círculo selecto de personas afines con quien compartir pareceres, a través de la lectura en común, la conversación o la correspondencia...

Pero, de forma particular, la lectura fue para muchas mujeres del siglo XVIII una ocasión de intimidad y soledad voluntaria, una práctica de afirmación personal y un rasgo que las identifica y las distingue como mujeres de letras, con capacidad y aspiraciones intelectuales. Así es, por ejemplo, en el caso de Josefa Jovellanos, hermana del ilustrado, a quien escribe el 2 de enero de 1805, desde el convento en el que profesó tras enviudar: «los momentos que logro estar libre de toda especie que me domine y con un libro de mi gusto en las manos (...), soy tan feliz que no me cambio por todo el mundo».48

Leer permitía ampliar en mayor o menor medida las perspectivas forjadas por una educación femenina que en el siglo XVIII seguía estando estrictamente limitada en sus contenidos y sus objetivos. En efecto, los establecimientos para la formación de jóvenes de las clases medias y acomodadas estaban reducidos a unos pocos colegios y conventos, algunos extremadamente restrictivos en su acceso, como los de las Huelgas Reales en Burgos, Loreto o las Salesas en la Corte, reservados a aristocratas e hijas de servidores de la Casa Real, y todos ellos con programas ceñidos a la moral cristiana, economía

---


48. Carta del 2 de enero de 1805, en M. Serrano y Sanz, Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas (desde el año 1409 al 1833), Madrid, 1903 (edición facsímil, 1975), vol. 1, p. 625.
doméstica, lectura, escritura, aritmética, nociones de geografía e Historia y, a lo sumo, de lenguas extranjeras, además de danza, música y otras habilidades ornamentales. Las posibilidades de una educación más profunda quedaban limitadas a la contratación de preceptores privados, más frecuente para los niños que para las niñas, y restringida a las familias más pudientes o a aquellas, las menos, con un interés muy particular en la educación de sus hijas. En cualquier caso, de lo que se trataba era de formar buenas cristianas, madres y esposas, y a lo sumo de proporcionar a las jóvenes distinguidas un barniz de cultura y buenas maneras que les permitiera hacer buen papel en sociedad, sin alentar ambiciones intelectuales que se consideraban impropias para ellas.

Y sin embargo, de forma más acusada que en otras épocas precedentes, algunas mujeres no sólo procuraron abrir sus horizontes a través de la lectura, sino que se decidieron a plasmar su pensamiento por escrito e incluso a hacerlo público. Gracias a los trabajos de las últimas décadas conocemos hoy de forma aproximada los perfiles generales de la actividad literaria femenina en el Siglo de las Luces. Con respecto a sus predecesoras, las escritoras del Barroco, el número de mujeres que escribieron y cuya obra alcanzó algún tipo de difusión pública (a través de la imprenta, la circulación manuscrita o la representación, particularmente en teatros privados) se incrementó en el siglo XVIII hasta alcanzar casi los dos centenares, al compás de los cambios económicos y sociales que propiciaban una mayor circulación de los impresos. No obstante, el hecho de que muchas fuesen autoras de una sola o muy pocas obras muestra sus dificultades para consolidar una trayectoria estable en la dedicación a las letras. Sabemos también que la extracción social de las escritoras se diversificó en esta época, y así, junto a las figuras de las monjas y aristócratas, que eran la gran mayoría en los Siglos de Oro y siguieron muy presentes en la galería de autoras del XVIII, destaca la presencia creciente de mujeres de capas intermedias, vinculadas al mundo de la hidalguía, las profesiones y cargos o la burguesía comercial de origen extranjero.


Aunque las diferencias en condición social, formación y talante individual singularizan a cada una de estas escritoras, es posible establecer algunos rasgos generales que muchas de ellas comparten. Así, como afirma M.ª Victoria López-Cordón, frente al tópico del autodidactismo, cabe señalar que todas ellas tuvieron modelos en los que basarse y, en la mayor parte de los casos, una relación privilegiada con la cultura. Su actividad como escritoras las situaba en una posición distinta con respecto a la mayoría de las mujeres de su tiempo, lo que hizo que con frecuencia se mostraran muy críticas con respecto a las de su sexo y determinó su soledad intelectual. Y es que, si bien muchas de ellas pudieron sentirse un tanto aisladas entre otras mujeres que no compartían sus inquietudes, tampoco su integración en el terreno masculino de la «república de las letras», ni aun en el caso de las más conocidas, llegó nunca a ser plena. Aunque en el siglo XVII algunas, como María de Zayas o Ana Caro, habían participado en academias literarias, a lo largo del XVIII quedaron excluidas de la formalización de esas instituciones como Academias reales (Española, de la Historia...), y sólo tras un intenso debate serían admitidas, de forma segregada y subordinada, en la Sociedad Económica de Madrid. Su exclusión de estos espacios y su difícil acceso a los mecanismos de mecenas, como en los que se apoyaban la identidad social y actividad intelectual de los hombres de letras obstaculizaron la publicación de sus obras. Pero además, los tópicos acerca de la modestia y reserva que se consideraban deseadas en las mujeres tenían a disuadirles de hacer públicos sus escritos, llevándolas en algunos casos a destruir toda o parte de su obra, gesto de humildad celebrado como un mérito, por ejemplo en la necrológica de M.ª Francisca de Navia, marquesa de Grimaldi, en 1786.

Pese a esos obstáculos, que explican, por ejemplo, la no correspondencia entre obras escritas y publicadas, las escritoras se adaptaron con mayor o menor fortuna a las condiciones que pesaban sobre el ejercicio de su actividad. Así, dedicaron muchas veces sus obras a mujeres poderosas, buscando acallar posibles críticas y reforzar la respetabilidad de su trabajo, como Catalina Caso e Inés Joyce, que dedicaron sus textos (una traducción del Modo de estudiar las Bellas Letras de Rollín y una Apología de las mujeres) a la reina Bárbara de Braganza y a la condesa de Benavente. Escogieron con preferencia géneros como la poesía o los escritos de carácter moral y didáctico, temas y formas que se consideraban más propios para ellas, y en los que se les reconocía alguna autoridad. Aprovecharon las nuevas formas de proyección del trabajo literario, como la prensa periódica, en la que algunas publicaron colaboraciones y otras vieron reseñadas sus obras; asimismo, siguiendo modelos europeos, aparecieron en España dos periódicos firmados por mujeres, La Pensadora gaditana (1763-1764) y La Pensatriz salmantina (1777), aunque la identidad de sus supuestas autoras, «Beatriz Cienfuegos» y «Escolástica Hurtado», siga siendo enigmática. Nueva...
por su relevancia en el siglo XVIII fue también la labor de las traductoras, que vertieron al castellano obras significativas en los temas, tan ilustrados, de la ciencia, la educación o la crítica de costumbres (como la Filosofía moral de Zanotti, La lengua de los cálculos de Condillac, las Cartas peruanas de Mme de Graffigny o las Conversaciones de Emilia d’Épinay, traducidas respectivamente por la marquesa de Espeja, M.ª Rosario Romero y Ana Muñoz), y plasmaron en ellas, en muchos casos, sus aportaciones personales a través de notas, prólogos y dedicatorias o de la adición de textos propios. Las escritoras, en definitiva, maniobraron, de formas diversas, para encontrar acomodo en el marco de un discurso y de unas prácticas que, si bien no solían descalificar abiertamente su actividad, sí tendían a disuadirla, al alentar en ellas humildad, falta de ambición y propósitos morales más que intelectuales o económicos. Por ello, conocer las estrategias de las mujeres de letras nos ha permitido situar en su contexto, revalorizándolas, las formas indirectas de escritura (como las traducciones o adaptaciones) y los modos informales de transmisión (entre ellas la conversación, la correspondencia o la circulación manuscrita), en los cuales tuvieron una particular presencia, y que cabe valorar como prácticas esenciales de la cultura de las Luces.

FIGURAS FEMENINAS DE LA ILUSTRACIÓN: ENTRE LUCES Y SOMBRAS

Los estudios sobre mujeres e Ilustración han venido a enriquecer nuestra comprensión de la cultura y la sociedad del siglo XVIII, tanto en España como en el resto de Europa, en múltiples sentidos. Sin embargo, es, de forma particular, el análisis detenido de los casos individuales lo que nos permitirá comprender mejor, por ejemplo, cuáles eran sus posibilidades vitales e intelectuales, con qué apoyos contaban y qué resistencias habían de afrontar, qué opciones tomaron y en qué términos se expresaron. Así, recorrer la obra y la vida de algunas mujeres de letras españolas, que las investigaciones más recientes nos han dado a conocer, nos servirá para entender mejor cómo se situaron en relación con la cultura y los valores de su tiempo.

Entre las aristócratas, una figura interesante y todavía poco conocida es la de Cayetana de la Cerda y Vera, condesa de Lalaing, quien publicó en 1781 una versión de las...

obras de la célebre escritora y moralista francesa Mme de Lambert. Al año siguiente, solicitó licencia para imprimir una traducción de *Las Americanas* de Mme Le Prince de Beaumont, petición que sería desestimada entonces, y de nuevo en 1791, al reiterar la condesa su solicitud. La razón esgrimida fue que la obra, una demostración racional de la religión cristiana, al exponer, para rebatirlos, los argumentos aducidos por ateos y protestantes contra el catolicismo, podía inducir a duda a los creyentes. El hecho de que se tratase de un texto escrito por una mujer, traducido por otra y organizado como un diálogo entre personajes femeninos, no fue ajeno a este juicio adverso, en el que no faltó la referencia a la epístola paulina que prescribía a las mujeres silencio y sumisión a la autoridad del varón en asuntos religiosos (1 Tim., 2, 11-15):

las personas de este sexo –consideraban los censores–, encantadas de una obra que creerán hacerlas tanto honor, se lisonjearán en leerla y conducirse por sus documentos y máximas (...) El dudar de la religión cristiana es cosa que no habrá muger, por ruda que sea, que no pueda hacerlo. Las que sean capaces de percibir las razones que prueban la verdad de la revelación serán tan raras, como las aves del todo blancas.

---

**OBRAS DE LA MARQUESA DE LAMBERT,**
Traducidas del Francés
POR
DOÑA MARÍA CATETANA
DE LA CERDA Y VERA,
CONDESA DE LALAINO.

MADRID MDCCCLXXI.

En la Obicina de D. Manuel Martín,
donde se hallará.

Con las licencias necesarias.

---

Portada de *Obras de la marquesa de Lambert*, traducidas por M.ª Cayetana de la Cerda y Vera, Madrid, 1781.

56. *Obras de la marquesa de Lambert. Traducidas al francés por D.ª María Cayetana de la Cerda y Vera, condesa de Lalaino*, Madrid, 1781.

La condesa, descontenta con la negativa, redactó y envió unas alegaciones en las que cuestiona el dictamen de los censores con argumentos teológicos y jurídicos y responde a su desconfianza acerca de la capacidad de discernimiento de las mujeres, defendiendo su talento e instrucción. El proceso, prolongado a lo largo de catorce años, no llegó a buen puerto, y la traducción se quedó sin ver la luz, pero los documentos conservados permiten apreciar el talante de una mujer culta, consciente de su mérito y su rango, que eran también los de otras mujeres de su clase, capaz de defender su propio criterio frente al de la censura y con determinación de dejar su nombre y proyectar su pensamiento a través de la letra impresa.

Mejor conocida nos resulta hoy la figura de la gaditana M.ª Gertrudis de Hore (1742-1801), de familia burguesa acomodada de origen irlandés, que destacó por su belleza e inteligencia en aquella ciudad cosmopolita y abierta a la cultura ilustrada, frecuentando tertulias como la del marino y matemático Antonio de Ulloa. Tras casarse y tener un hijo que murió de corta edad, se separó de su marido y entró a los 35 años en el claustro, donde viviría desde 1778 hasta su muerte en 1801. Gracias a los trabajos de Frédérique Morand y otras estudiosas, que han reconstruido su vida dentro y fuera del convento y recuperado los textos originales de sus poesías, muchas de ellas inéditas y otras intensamente censuradas por su editor del siglo XIX, se ha podido cuestionar la imagen de esta autora forjada por el romanticismo, mostrando de ella un perfil vital y literario distinto, menos maniqueo. Así, frente al tópico de la «bella pecadora arrepentida», que habría dado un drástico giro a su vida y su obra al entrar en el claustro, M.ª Gertrudis de Hore aparece como una mujer ilustrada, según atestigua su obra repleta de alusiones mitológicas y ecos de la literatura contemporánea (Edward Young, Meléndez Valdés...). Una mujer de mundo que al entrar en religión mantuvo una vida en la que la piedad y la gestión como secretaria del convento se combinaban con el gusto por la comodidad y el refinamiento en su entorno y su persona, y que conservó y cultivó sus vínculos con el exterior, ocupándose de asuntos familiares y enviando desde el claustro contribuciones a la prensa. Su lírica amorosa tiene un tono excultante y de elegante sensualidad, que exalta los goces del amor, a la vez que advierte a las mujeres acerca de sus peligros y de la inconstancia de los hombres. Ello supone una interesante subversión de los cánones poéticos tradicionales que, escritos por los hombres, reprochaban a la amada sus veleidades. Del mismo modo, el rechazo hacia el matrimonio («tálamo odioso») y la evocación (suprimida por la censura) de la entrada en el claustro como una decisión no voluntaria, sino forzada, ofrece, en estrecha relación con su propia experiencia, una visión opuesta a la imperante en la literatura sentimental de la época, que presentaba el matrimonio y la vida doméstica como destino, vocación y fuente de satisfacciones para las mujeres.

Como Mª Gertrudis de Hore, otra figura que en las últimas décadas ha sido rescatada, si no de la completa oscuridad, sí del limbo de las referencias breves y las notas a pie de página para ser objeto de investigación sistemática, es la de Josefa Amar y Borbón.59 Nacida en Madrid en 1749 y fallecida en fecha incierta, aunque posterior a 1808, perteneció a una familia de juristas y médicos, recientemente ennobleceda, que apoyó su talento y le proporcionó una formación excepcional, en la que no faltaban las lenguas clásicas. El matrimonio y el traslado a Zaragoza no obstaculizaron sus inquietudes intelectuales, que se expresarían en continuas lecturas y en un conjunto de escritos, entre los que destacan la memoria escrita para defender la admisión de mujeres en la Sociedad Económica Matritense, publicada con el título de Discurso en defensa del talento de las mujeres y de su aptitud para ejercer el gobierno y otros cargos en que se emplean los hombres (1787), y el Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres (1790), un importante tratado pedagógico, así como varias traducciones de obras de temática ilustrada (agronomía, erudición literaria....) y otros escritos que no llegaron a ver la luz. Sus trabajos muestran que conocía bien la cultura de su tiempo, en particular la literatura pedagógica y de erudición y los textos médicos, así como la obra de escritoras como Mmes de Lambert, Le Prince de Beaumont y Genlis. Convencida de la capacidad intelectual de las mujeres y de su propio mérito, en sus escritos se aprecia la firmeza en la defensa de sus ideas ilustradas y se expresa, de forma discreta, una ambición. Para ella, la actividad intelectual aparece, al mismo tiempo, como un placer que puede compensar parcialmente a las mujeres de otras satisfacciones que les están vedadas, como las ligadas a las profesiones y los cargos, y como una forma de proyección pública. Ella misma disfrutó de un cierto reconocimiento en su época: fue admitida y participó en las reuniones de la Sociedad Económica Aragonesa, vio sus obras publicadas, traducidas y elogiadas por sus contemporáneos y por la prensa ilustrada y, en atención de sus méritos, fue la primera no aristócrata, y una de las pocas mujeres no residentes en la capital, propuesta como miembro de la Junta de Damas de la Sociedad Económica Matritense; reconocimientos que ella no sólo aceptó de buen grado, sino que buscó y propició activamente. Sin embargo, como ha señalado su biógrafa, Mª Victoria López-Cordón, el contraste entre su vida larga y la brevedad de obra y de su propia presencia pública (todas sus obras publicadas lo fueron entre 1782 y 1790), su más que probable decepción por el carácter limitado

59. M. V. López-Cordón, Condición femenina y razón ilustrada. Josefa Amar y Borbón, Zaragoza, 2005; incluye edición de algunos de sus escritos. Véase también Amar, Discurso...
que revistió la admisión en la Matritense, así como el silencio de sus últimos años, nos recuerdan que, en última instancia, la figura de la mujer de letras seguía constituyendo, hasta cierto punto, una anomalía social, con grandes dificultades para desarrollar una carrera literaria y una presencia en los espacios intelectuales.

Portada de Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, Madrid, 1790.

Si Josefa Amar encarna a la vez las posibilidades y los límites de la mujer intelectual como figura pública, en Inés Joyes (1731-ca. 1806) la claridad y firmeza de su pensamiento crítico contrasta con la casi absoluta oscuridad de su vida. Nació en Madrid, hija, como Mª Gertrudis de Hore, de una familia irlandesa del mundo de los negocios y las finanzas, estableciéndose en Málaga y posteriormente en Vélez-Málaga tras su matrimonio en 1752. No se le conocen actividades públicas, pero su casa debió constituir un enclave de sociabilidad cultural, como sugiere el testimonio del viajero

inglés Joseph Townsend, que gozó de su hospitalidad en 1786 durante su recorrido por Andalucía. Debió llevar una existencia ordinaria y relativamente oscura, la de tantas mujeres en ciudades de provincias, alejadas geográfica y socialmente de los ambientes aristocráticos y cortesanos. Sin embargo, a su pluma se debe uno de los más incisivos ensayos de su época sobre la condición de las mujeres, la Apología de las mujeres con la que en 1798 acompañó su traducción de la novela Rasselas, prince of Abissinia (1759) de inglés Samuel Johnson. En este texto, que muestra su conocimiento de las discusiones contemporáneas, así como ecos de otras escritoras como Josefa Amar, Mme d’Épinay, Mme de Lambert o Mary Wollstonecraft, Inés Joyes revisa los principales temas y argumentos del debate de los sexos para ofrecer su propio punto de vista. Defiende, por ejemplo, la igualdad intelectual de las mujeres con respecto a los hombres, frente a la tendencia habitual en su época, que, evitando hablar de inferioridad, les concedía una razón disminuida; denuncia la doble moral que les exigía abnegación y reputación intachable, tolerando, en cambio, las infidelidades de los hombres, y las invita a hallar en la amistad y el estudio satisfacciones distintas a la vida doméstica que la literatura sentimental de la época presentaba como la única adecuada para ellas.

Firma de Inés Joyes al pie de su testamento (1806).

Estas mujeres, cuya vida y obra hoy nos resultan mejor conocidas, no son sino algunos ejemplos escogidos entre las que vivieron en la España de la Ilustración. Las cuatro tuvieron la fortuna de vivir en un contexto social (la aristocracia cortesana, el mundo de las profesiones, la burguesía de negocios de origen extranjero) en cierta medida abierto a las nuevas corrientes culturales, aunque sólo la combinación entre una especial predisposición individual hacia el saber y una sensibilidad particular de sus familias respecto a la educación de sus hijas les permitiera formarse y desarrollar ambiciones intelectuales.
De uno u otro modo, todas participaron en las formas de sociabilidad propias del siglo, fuesen éstas tertulias particulares o instituciones reformistas como las Sociedades Económicas. A través de sus lecturas y de su conocimiento de lenguas extranjeras, Cayetana de la Cerda, Mª Gertrudis de Hore, Josefa Amar o Inés Joyes, como otras mujeres y hombres de su tiempo, estuvieron informadas, en el ámbito de sus posibilidades y sus intereses, de la producción intelectual y literaria europea. Las cuatro sintieron no sólo la atracción de la escritura, sino también el deseo de dar a conocer su pensamiento y perpetuar su nombre publicando sus escritos y, aunque en ocasiones eligieran hacerlo de forma indirecta, traduciendo obras ajenas, demostraron determinación a la hora de expresar sus propias ideas y defender la oportunidad de darlas a la prensa.

No resulta sorprendente, más bien del todo lógico, dado el ambiente en que vivieron y se educaron, que estas mujeres compartan en buena medida el lenguaje y el ideario ilustrado: la confianza en la educación como medio de transformación del individuo y la sociedad, la conciencia reformista de utilidad, en ocasiones un cristianismo ilustrado poco amante de demostraciones rituales, y una cierta idea de felicidad, expresada en claves distintas, desde la síntesis mundana entre epicureísmo y estoicismo de Mme de Lambert, traducida por Cayetana de la Cerda, a su identificación con la virtud por Josefa Amar o al delicado erotismo de la poesía amorosa de Mª Gertrudis de Hore. Sin embargo, discrepan también con frecuencia de las ideas más extendidas en su época sobre la naturaleza y función social de su sexo, como la que atribuía a las mujeres una razón menguada, reservándoles tan sólo una educación limitada y utilitaria, y les adjudicaba un papel exclusivamente doméstico, cifrando en ello no sólo sus responsabilidades, sino su propia felicidad.

Y si se distancian de esos modelos, lo hacen, precisamente, desde actitudes ilustradas, revelando así las fisuras de un pensamiento y de unas prácticas sociales que consideran arbitrarias y caducas muchas de las ideas recibidas de la tradición, pero prolongan y renuevan buena parte de los prejuicios acerca de las mujeres; que subrayan la influencia determinante de las costumbres, la formación y el medio social en la configuración moral, intelectual y sentimental de los humanos, a la vez que su carácter variable en función de épocas y lugares, pero sancionan y naturalizan, en buena medida, la diferencia de los sexos; que confían en la razón y la educación, pero las limitan drásticamente en lo que a ellas respecta; que multiplican la sociabilidad como hábito distinto de las Luces, pero asignan a las mujeres como responsabilidad fundamental la construcción del orden y felicidad en lo privado, restringiendo su presencia en espacios públicos.

Así pues, estas historias de vida, como tantas otras que ya conocemos o que restan por investigar, revelan que las relaciones de las mujeres con la cultura de la Ilustración fueron complejas y no pueden resumirse en términos rotundos, bien de progreso o de exclusión. Las mujeres, en España como en toda Europa, participaron de las ideas, valores y prácticas propios de las Luces, a la vez que con frecuencia ponían de relieve, en sus escritos y en sus estrategias vitales, las paradojas de una Ilustración de la que, hoy lo sabemos bien, no estuvieron ausentes los espectros de viejas o renovadas sombras.